

Los grupos políticos mexicanos ante la guerra hispano-norteamericana

Juan Carlos Quiroz

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.
Rubén Darío

Política interna y grupos políticos en el porfiriato

En el año de 1898 Porfirio Díaz se encontraba en la mitad de su quinto período presidencial, cumplía veintidós años como gobernante de México y, por lo menos desde 1888, había conquistado el poder incontrastable. La década final del siglo XIX es un largo período de calma chicha, apenas turbado por las impertinencias de algunos periodistas que se preguntaban en público por la necesaria muerte del dictador y por los problemas que acarrearía la sucesión. Por tal motivo, en este mismo periodo se plantea de cuando en cuando la necesidad de preparar «hombres nuevos que se encarguen del gobierno el día de mañana». En 1897, por ejemplo, *El Correo Español* aconseja al presidente que comience a preparar a su sucesor, argumentando que si México es incapaz de producir un buen heredero de Díaz, se perderían irremediablemente la paz y el progreso alcanzados. El planteamiento de este problema, aunque tibio, hace que la opinión pública olvide por un tiempo «la guerra cubana y el sacudimiento volcánico de Creta».¹

Para acotar la incertidumbre de la sucesión, se aconsejan cambios constitucionales, como la creación de una vicepresidencia cuyo titular sea elegido junto con el presidente, y se sugiere a Díaz la idea de experimentar un gobierno de transición. Según esta última idea, el secretario de Hacienda, José Ives Limantour, se haría cargo de la presidencia, apoyado por Bernardo Reyes como ministro de Guerra. De estos dos proyectos, Díaz sólo aceptó el nombramiento de un vicepresidente, a quien él mismo designó mediante una Convención Nacional Liberal *ad hoc*.

Aunque en 1898 Porfirio Díaz posee el control total de la política, por debajo de él se agitan varias facciones y grupos en competencia. La princi-

¹ Daniel Cosío Villegas, Historia Moderna de México, el Porfiriato, vida política interior, *segunda parte, Tomo X, México, ed. Hermes, 1972, p. 342.*

como los conservadores son los derrotados de las luchas del siglo XIX, la élite política se identifica en su mayoría con el credo liberal. Esta élite se encuentra profundamente dividida, aunque los distintos grupos no se atrevan todavía a declarar abiertamente su lucha por el poder. Las pugnas se encaminan más bien a congraciarse con el dictador, para tener su apoyo o la apariencia de éste en el momento decisivo. Es precisamente este combate por asegurarse la gracia de Díaz para la sucesión el que divide a las facciones.

Los primeros en aparecer como grupo son los llamados *científicos*. Durante la Convención Nacional Liberal de 1892 y durante el debate por la reforma constitucional de 1893, surgió un grupo de individuos, educados e influyentes, que defendió un programa que pretendía limitar el poder omnímodo de Díaz, así como asegurar que sus sucesores fueran solamente la Constitución y las Leyes. De acuerdo con Daniel Cosío Villegas, este grupo estaba formado por los primeros tecnócratas del país, convencidos de que la nación debía ser guiada por una élite apolítica con orientación científica.² A seis hombres identificados como *científicos* principales, Justo Sierra, Rosendo Pineda, Francisco Bulnes, Pablo Macedo, Joaquín Casasús y José Ives Limantour, «virtualmente siempre se les ha considerado como el núcleo del grupo».³

Los ataques contra los *científicos* los presentaban sin embargo como una banda de «estafadores públicos». Sus enemigos los acusaban de «proteger a empresas extranjeras que actuaban en forma deshonestas y cuyo propósito era saquear al pueblo mexicano»; de ser, sobre todo, intermediarios de los norteamericanos y de sus compañías. De acuerdo con Francisco Bulnes, la pugna entre las distintas facciones era favorecida por el dictador, pues de esta manera él creía inspirar en la sociedad la sensación de que su mediación era imprescindible para mantener la paz interna.⁴

Bien pronto aparecieron otros grupos interesados en la sucesión. Sus miembros cambiaban constantemente, sobre todo cuando sus líderes perdían el favor presidencial, como en los casos de Joaquín Baranda y Bernardo Reyes en 1902. El principal grupo enemigo de los *científicos* era el de los partidarios del general Bernardo Reyes. Aunque por contraste se declaraban nacionalistas y patriotas, al igual que los *científicos* brindaban su lealtad incondicional a Porfirio Díaz. Entre los *reyistas* sobresalen

² Ibid., pp. 840-862, passim.

³ Charles Hale, La transformación del Liberalismo en México a fines del siglo XIX, México, Vuelta, 1991, p. 210.

⁴ Véase: Toda la verdad acerca de la Revolución Mexicana, México, Libromex, 1977, p. 98 y passim.

Rodolfo Reyes, Teodoro Dehesa y José López Portillo y Rojas.⁵ También surgieron grupos que apoyaban a Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores, y a Ramón Corral, ministro del Interior y vicepresidente desde 1904.

Estos grupos interesados en la sucesión pertenecen al círculo íntimo de Díaz, pero no son los únicos. Al margen de los empleos públicos permanecen los católicos y los conservadores, que mantienen sus trincheras en periódicos como *El Nacional*, *El Tiempo* o *La Patria*. En el otro extremo se encuentran los «liberales puros», que mantienen una postura crítica del régimen de Porfirio Díaz y, por lo tanto, también están al margen del presupuesto. Entre estos últimos se encuentran los editores de *El Monitor Republicano*, desaparecido en 1896, Vicente García Torres, Enrique Chavarrí y Enrique Mendoza y Vizcaino. Además de Don Filomeno Mata, editor de *El Diario del Hogar*.

Existe también un grupo intermedio entre la élite política y los marginados del sistema; son los antiguos miembros del periódico *La Libertad* que no se unieron a los *científicos* en el momento de pedir límites al poder presidencial: Francisco Cosmes, Carlos de Olaguibel y Arista y Telésforo García.

Posición internacional ante Estados Unidos y su expansionismo en el Caribe

Antes de que los Estados Unidos saltaran a la posición de potencia mundial en 1898, muchos mexicanos acariciaban el sueño de que México se convirtiera en el poder dominante en el Caribe y América Central.⁶ Más modestamente, Justo Sierra señalaba que el Caribe era «nuestro canal de salida al mundo europeo»; es decir, el único contacto con poderes capaces de equilibrar la creciente influencia norteamericana en México. De ahí la importancia de que Cuba se mantuviera independiente o que al menos permaneciera como territorio español.⁷

A estos dos sentimientos obedeció la campaña por una Cuba mexicana, que sostuvieron *El Nacional* y el clerical *La Patria*, entre agosto de 1895 y fines de 1897. Este proyecto consistía en que México negociara con Espa-

⁵ Véase el libro de François-Xavier Guerra, México. Del Antiguo Régimen a la Revolución, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, pp. 59-125. Para un análisis de las divisiones en el porfiriato por generación y sectores sociales.

⁶ Véase: John Deger, Porfirian Foreign Policy, USA, Indiana University Press, 1979, p. 211.

⁷ Obras Completas, México, UNAM, tomo VII, 1977, p. 91.

ña la anexión de Cuba, mediante la realización de un plebiscito entre los cubanos, pagando al gobierno español una indemnización y garantizándole unas relaciones comerciales ventajosas. De acuerdo con *El Nacional*, este proyecto beneficiaría a las economías de Cuba, México y España; pero sobre todo salvaría a una nación latina de ser absorbida por una sociedad anglosajona que, por si la diferencia de raza no bastara, era en su mayoría protestante.⁸

Quizá por estos nuevos intereses estratégicos, a pesar de que México había favorecido en varias ocasiones la idea de independizar a Cuba,⁹ durante los años anteriores a 1898 hubo escaso apoyo a este esfuerzo. La cancillería mexicana y Díaz vieron el conflicto siempre como una cuestión de política interna, aunque fuera ya evidente la descarada intervención norteamericana. Por otro lado, Francisco Bulnes fue la única voz pública que manifestó su apoyo a los rebeldes cubanos. Durante 1897, Bulnes atacó en la Cámara de Diputados la política colonial española y comparó la lucha cubana con la guerra de independencia de México en 1810. La respuesta estuvo a cargo de Francisco G. Cosmes y Carlos de Olaguibel y Arista, quienes, después de defender la política colonial española y la herencia hispana en América, le lanzaron a Bulnes el guante de que el movimiento cubano guardaba más semejanzas con «la infamia de Texas».¹⁰ Estaba claro que, aunque se deseara ver independiente a toda América, pesaba más en los ánimos el temor al expansionismo estadounidense que, apoderándose del Caribe, le cerraba los caminos de la «civilización» a México.

Este temor al corolario imperialista de la doctrina Monroe creaba una coincidencia de intereses entre México y España. El embajador español Guillermo Crespo señaló por ejemplo que «el crecimiento espectacular de Estados Unidos y su influencia cada vez mayor en México, significarían un golpe desastroso para la dominación española en Cuba».¹¹ Sin embargo, Díaz toma el asunto con cautela, sabe que México es un país débil y que debe defender sus intereses con inteligencia más que con fuerza. «El marcado interés de Estados Unidos en la cuestión cubana limitaba el margen

⁸ Véase: Charmion Shelby, «Mexico and the Spanish-American War: Some Contemporary Expressions of Opinion», en Cotner and Castañeda, *Essays in Mexican History*, Texas University Press, p. 224. También Angel Gurria, *Prensa Nacional y Política Exterior. Tres Episodios Porfirianos*, mimeo., 1997, pp. 44 y ss.

⁹ Véase Luis Chávez Orozco, *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, Archivo Histórico Diplomático, n. 32, Porrúa, 1971, passim.

¹⁰ Citado en J. Fred Rippy, «Pan-Hispanic Propaganda in Hispanic America», en *Political Science Quarterly*, v. XXXVII, n. 3, p. 405. Véase también Shelby, *op. cit.*, p. 221.

¹¹ Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. Vida política exterior, tomo VI, México, Hermes*, 1963, p. 596.